

Un esfuerzo por la rehabilitación política de México

Efraín González Luna



El domingo 15 de junio de 1952, Efraín González Luna terminó su campaña para la Presidencia de la República, con el mitin que se celebró en la ciudad de México en la Plaza del Caballito.

Señoras y señores:

Termina aquí mi gira electoral realizada por el territorio de la República. Y termina no con el análisis final de una experiencia clausurada, sino con el milagro de una nueva experiencia, original e intacta como el amanecer de un día de génesis. Termina aquí con la renovación de la misma expe-

riencia, del mismo milagro, de la misma deslumbrante revelación recibida en múltiples escenarios distantes. El viaje encuentra al regresar lo que había visto en el viaje. Le precedieron en el camino del retorno los romeros que en multitud innumerable cruzaron con él palabras, saludos y signos que se han vuelto vinculaciones definitivas; los romeros de todos los caminos de México que se niegan a ser meros transeúntes y a dejarse encerrar en el recuerdo y en el pasado.

Encuentro aquí de nuevo la misma presencia magnífica del

pueblo de México que me acogió por todos los rumbos de la Patria.

Resuena aquí el clamor innumerable, la suma de las voces limpias y claras que resonaron en todos los rincones de la Patria.

Se continúa aquí, en esta inmensa asamblea, la serie incontable de las asambleas que reunieron a hombres y mujeres en ciudades y en pueblos para afirmar su verdad, para gritar su carencia y su dolor, para proclamar la exigencia irrenunciable de su derecho, el ansia incontenible de su salvación.

La ciudad, la ciudad capital, es como una suma, como una síntesis de México. Confluyen aquí de todos los rumbos, de todas las provincias, de todas las comunidades mexicanas, los hilos humanos que con la comunidad aquí nacida integran la inmensa familia que es el pueblo de México, unido con los vínculos tenaces de la sangre, de la memoria, de la tradición, de la historia, de la geografía, de la cultura, del lenguaje y de la fe.

¿Cuál es la razón de nuestra presencia aquí? Ustedes y yo, todos los mexicanos que participan en la empresa de la rehabilitación política de México, obedecemos a las mismas motivaciones hondas, substanciales, respetables. A todos nos mueve el mismo impulso.

Estamos aquí, en primer término, empujados por un dolor; nos duele el dolor de México, el dolor propio y el de nuestros semejantes, sentido por todos en carne viva. Nos duele la miseria, nos duele el abandono, nos duele la persecución, nos duele el desprecio que sufre todo el pueblo de México.

Estamos aquí también empujados por un derecho. Tenemos la conciencia deslumbrante de un patrimonio que nos pertenece y que nos ha sido usurpado y queremos gritar nuestra decisión de reivindicar ese patrimonio. Estamos cansados de ser los despojados impotentes, los mendigos

inútiles de nuestro derecho y estamos resueltos irrevocablemente a ser los combatientes decididos de su recuperación.

Nos mueve también un deber; un claro, un esencial, un eterno deber que, sin embargo, teníamos olvidado. El deber de gestionar un orden político que estructure un orden social para que en México hombres y mujeres vivan como seres humanos, para liquidar en México miseria, opresión, injusticia, fraude, explotación y violencia.

Nos mueve también una necesidad vital incontenible. Nos moriríamos de asco si no nos pusiéramos de pie para condenar tantas inmundicias que están manchando nuestro presente y comprometiendo nuestro futuro. Nos ahogaría, señoras y señores, nos ahogaría la náusea si no nos pusiéramos de pie para contrarrestar tantos deslizamientos, tantas actitudes quebradas, reblandecidas y viscosas, para contrarrestar tantos deslizamientos, tantas cobardías, tantas ventas de conciencia, tanta aceptación mezquina de mínimos miserables, cunado aceptarlos significa renunciar a reivindicaciones esenciales.

No nos mueven ni ambición ni interés; sino motivos tan fundamentales y tan limpios como los que he mencionado; motivos superiores a los que engendran las posibilidades de desertión y de traición.

Hay quienes consideran que nosotros somos idealistas; que de los manantiales de que procede nuestra conducta política no pueden brotar fuerzas victoriosas. Tampoco somos ilusos, sino perfectamente realistas; pero partimos de una realidad como ella es, conocida en sus términos indeformables, para alzarnos sobre ella. Vemos claramente que estamos pisando en el lodo, pero alzamos la vista hacia arriba y en la presencia del cielo queremos subir a él.

Hay quienes pretenden también que somos pesimistas o resentidos y que capitalizamos los males del pueblo para hacer de ellos palanca de movimientos políticos; que explotamos el dolor de México para encumbrarnos por él al poder público.

Tampoco. Ni pesimistas ni resentidos; sino desbordadamente optimistas, jubilosamente optimistas. Entendemos muy bien los datos negativos de nuestra situación, de nuestra realidad; pero localizamos y aclamamos junto a ellos los datos positivos, las magníficas potencialidades de progreso y de dicha, de libertad, y de justicia que México tiene. No somos pesimistas.

Hay, ciertamente, la miseria dolorosa de México. Esto no es un argumento político en los labios de los candidatos, es un dolor estrujante en las entrañas y en el alma del pueblo. Solamente no ven esta realidad

quienes nadan en la abundancia de las riquezas mal habidas. Solamente no ven esta realidad quienes integran la oligarquía privilegiada que considera al pueblo de México materia de explotación y no de servicio, capacidad de producción de utilidades y no entidad humana con derecho a ser tratada con respeto en su patria, con derecho a vivir sobre la tierra con el pan material para el cuerpo y con la justicia y la luz para el alma, sin los cuales un hombre no es plenamente hombre.

Vemos la miseria y queremos remediarla. Esto es ser al mismo tiempo realista y honrado. Negarla o explotarla es no ser ni realista ni honrado; es simplemente ser mercader de la miseria del pueblo. Pero no es irremediable esa miseria. Al lado de ella, con qué satisfacción señalamos las posibilidades del remedio.

Hay posibilidades económicas en México. Indudablemente hay recursos naturales inexplorados. Indiscutiblemente estamos viviendo sobre un mínimo de trabajo, sobre un mínimo de explotación de los recursos naturales. Hay un pueblo ansioso de trabajar que carece de oportunidades de trabajo, que clama por un salario justo, que tiene que buscar en el destierro medios de vida, que abandona el campo, y hay un país que tiene en sí lo necesario para multiplicar los centros de producción y de trabajo. Pero no hay estos centros ni

hay satisfacción para la miseria. Las posibilidades las tenemos enfrente. Falta la institución, la suprema fuerza social limpia, apta y enérgica, que reúna al sujeto humano de necesidad y de trabajo, al pueblo de México que sufre miseria y que es capaz de remediarla con su esfuerzo, con los elementos materiales, no sólo inexplorados sino abandonados, ni siquiera inventados, que pudieran hacer nuestra normalidad y nuestro bienestar.

Hay ciertamente —y sería también torpe negarlo—, hay ciertamente en México opresión, desconocimiento de derechos esenciales en la ley en la práctica, incluso en la ley constitucional. Los derechos humanos esenciales, para el estado faccioso mexicano sirven como pretexto de simulación democrática en escenarios internacionales, para la participación de los representantes de México en instrumentos diplomáticos inoperantes, inútiles en relación con los males que el pueblo sufre; pero aquí dentro de México hay persecución legal por los derechos esenciales.

Hay atentados monstruosos contra la persona humana, contra la familia, contra la conciencia religiosa del pueblo. Hay caciquismo bestial, hay desprecio, humillación y abandono del pueblo. El mexicano sufre en su integridad personal y en su integridad jurídica. En México no tienen vigencia prác-

tica los derechos esenciales del hombre y de las comunidades. Que no se nos diga que tienen tolerancia de hecho esas prerrogativas irrenunciables. Los más nobles, los más sagrados bienes del hombre y de la comunidad no son susceptibles de confinación en zonas de tolerancia. Son dignos de respeto y acatamiento práctico, de vigencia franca pública y real, nuestros derechos. No tienen tratamiento propio cuando solamente son tolerados o permitidos por concesión o gracia del Estado. Nuestros derechos son bienes naturales: No nos los da el Estado como se da un mendrugo a un mendigo. Son patrimonio esencial del hombre y tienen que ser garantizados por la comunidad.

Pero al lado de estas violaciones hay también la contrapartida espléndida: el pueblo invariablemente fiel a sus valores personales y colectivos; el pueblo abrazado para siempre con las esencias de dignidad humana, de decoro, de libertad y de justicia que dan vida a la civilización occidental y cristiana; el pueblo que no se vende, que no se rinde, que no traiciona, que no se conforma con mendrugos de tolerancia, que sabe que sus derechos no son mercancía averiada ni vicio repugnante, si no el más alto atributo social de la substancia humana, la flor suprema de la dignidad personal, el brillo magnífico del espíritu en su peregrinación temporal, necesariamente cumplida en comunidad.

Hay también la injusticia social. La inmensa mayoría de nuestro pueblo vive en condiciones miserables, carece de mínimos necesarios para alcanzar niveles estrictamente humanos. Este problema, como el de satisfacción de los requerimientos imprescindibles, materiales y espirituales, de quienes no tienen más patrimonio que su capacidad de trabajo; como el de aumento y equitativa distribución de la renta nacional, permanecen abandonados. No ya el mexicano perteneciente a las categorías sociales más desamparadas, sino aún el trabajador medio carece de los bienes materiales más necesarios, soporta en salario insuficiente y en múltiples privaciones las consecuencias del desorden monetario y del desequilibrio económico general. Peor aún, se le cierra el camino de la reforma de la Nación entera y en primer término el trabajador mismo, tienen el derecho y el deber de gestionar para la instauración de un orden social, justo y suficiente.

No sólo carecemos de instituciones posibles y necesarias para el cumplimiento de la reforma social; sino que las ya existentes son desnaturalizadas, corrompidas y frustradas por la servidumbre política. Así se desvía de sus nobles fines de amparo y de servicio la Seguridad Social, apéndice burocrático y partidista centralizado, inepto, sacrificado al bajo apetito lucrativo y al exclusivismo

faccioso. Así el obrero y el campesino, en vez de encontrar representación limpia, protección y defensa en el sindicato y en la comunidad agraria, son uncidos al yugo del Partido Oficial precisamente a través de sus organizaciones profesionales, secuestradas por el régimen faccioso, desviadas de sus fines naturales y degradadas a la categoría de piezas auxiliares del mecanismo impositivo y monopolizador. Se trata a los trabajadores de la ciudad y del campo como si, por el hecho de no tener para vivir más que su capacidad de trabajo, tuvieran que renunciar a su calidad de ciudadanos. ¿Es que en México y bajo un régimen que se pretende revolucionario, el Sindicato y la comunidad agraria han de negar la capacidad y el derecho de los trabajadores para organizar la vida pública de su patria y para gestionar aquí un verdadero orden social, no una pantomima de reforma social que simplemente sirven de pantalla para ocultar el inmenso negocio de los privilegios del régimen?

Y hay el tremendo problema del campo de México, problema no solamente económico, sino de integración social de la Patria, de normalidad económica y, ante todo, de dignidad personal de los campesinos. Hay el problema de la incertidumbre de la propiedad de la tierra, el problema de la esterilización del campo y de la producción insuficiente, del abandono de las tierras por los

campesinos, asqueados del caciquismo, azotados por la miseria, perseguidos por la maquinaria infame de explotación que es todo el sistema agrario oficial.

Hay el timo de la tierra prestada que debiera ser propia, la tierra utilizada como eslabón de una cadena de servidumbre que se echa sobre el cuello de los campesinos para someterlos a explotación política. Hay la necesidad de la tierra propia que no se ha entregado al campesino y la necesidad del crédito oportuno y barato y, sobre todo, del crédito limpio; la necesidad de liquidar la usura abominable, la explotación monstruosa de los organismos oficiales de crédito que pesan sobre la agricultura privada y ejidal como una maldición.

Hay la necesidad de asistencia técnica, de acceso al mercado, de acceso a la organización profesional de los agricultores; hay la necesidad de abrir oportunidades nuevas de trabajo agrícola. El problema angustioso del campo, es también el problema angustioso del hombre del campo: el campesino sujeto todavía a la triple servidumbre de la miseria, de la humillación personal y de la explotación política. El fin primario de la Reforma Agraria en México fue la liberación del campesino. No se trataba simplemente de una recomposición física de la propiedad rural, sino de ir, a través de estos medios, hasta el hombre, hasta el destinatario

final del orden político y del orden social, hasta el dueño, el beneficiario de la reforma, hasta el personaje único que tiene derecho en México a ocupar el primer plano en la escena de su historia y de su vida: el pueblo. Se trataba de ir al pueblo, de liberarlo, de hacerle dueño de su tierra; de capacitar al campesino para que fuera productor, empresario agrícola, con ingresos suficientes para la vida decorosa suya y de su familia para que, a través de la independencia económica, lograra su independencia personal y su independencia política. Nada de esto se ha logrado. Simultáneamente se trataba también de lograr el robustecimiento de la economía agrícola de México, de aumentar la producción del campo, base de la normalidad económica nacional. Nada se ha logrado tampoco. Económicamente el campo es insuficiente. La mayor parte de las tierras entregadas en ejidos a los campesinos permanece inexplorada, porque rechaza el campesino una situación de miseria y servidumbre, no por que tenga repugnancia al trabajo, necesidad y anhelo constante; no porque se haya debilitado su amor a la tierra, amor visceral, tan profundo y fervoroso como sus más grandes amores. No está en la tierra del campesino, no se abraza a ella en el afán del trabajo fecundo y va a engrosar el triste proletariado de las ciudades o la trágica caravana de los desterrados, porque en el campo no hay propiedad, no hay

orden, no hay garantías, no hay posibilidad de trabajo productivo, sino miseria, caciquismo y explotación.

Pero junto a los datos negativos del problema, también aquí localizamos la presencia de las posibilidades, de los datos positivos que hacen no sólo probable, sino cierta, la solución. Hay la tenaz vocación agraria del pueblo de México, ese visceral amor del campo, esa vinculación con la tierra que se vuelve idilio en la presencia de todos los días, abnegación en el esfuerzo fecundante y júbilo incontenible en la cosecha. Hay la vocación agrícola de México; la necesidad imperiosa de estructuración social de México, como sobre una columna vertebral, sobre la clase de pequeños propietarios rurales, fieles al espíritu y a la tierra, es decir, irrevocablemente fieles a la patria, que es tierra y espíritu. Hay la generosidad de nuestra geografía, crítica, contradictoria atormentada, es cierto; pero generosa también. En la economía, como en su figura física, junto a la roca áspera comienza el valle tierno, acogedor y amoroso como el seno de una madre. Tenemos la riqueza olvidada de nuestras costas, los litorales inmensos de México que no nos sirven casi para nada por culpa de la miopía, de la ineptitud y de la corrupción del Estado Mexicano. Son ciertamente escasas las tierras cultivables; pero hay todavía grandes posibilidades de apertura de tierras nuevas al

cultivo, para acoger millares y centenares de millares de familias campesinas que en ellas fincarán sus tiendas, que en ellas alumbrarán la fuente de su bienestar material, de su libertad y de su dicha.

Son posibles también la capacitación y el alumbramiento de aguas mediante obras modestas y eficaces, aunque no sean costosas ni espectaculares, que resolverán problemas vitales de un gran número de comunidades agrícolas. Son posibles igualmente la organización cooperativa en el campo, la asistencia técnica al campesino, el crédito fácil, oportuno y barato. Simplemente con los centenares de millones –tal vez hayamos llegado a los millares– con los centenares o millares de millones que el Estado Mexicano ha perdido por el manejo inepto, insincero y corrompido de un crédito agrícola destinado no a fecundar la tierra ni a servir al campesino, sino a engrosar las filas del Partido Oficial y las fortunas de los mercaderes del privilegio, se hubiera podido formar ya un sistema privado de crédito agrícola que sí fuera manejado con acierto y con limpieza. Por ejemplo, se hubiera podido constituir un importante fondo de garantía de las inversiones del crédito privado en la agricultura, asegurando su recuperación substancial. Si además de crédito hubiera en el campo garantías, certeza del régimen jurídico de la tierra, tranquilidad y estímulo para los agricultores,

lo mismo pequeños propietarios que ejidatarios y aparceros, otra suerte corriera para México. No estaríamos dependiendo tan considerablemente como dependemos de la importación, aun para las necesidades más elementales de alimentación de nuestro pueblo.

En todas partes junto la carencia, junto a la desviación, junto al sufrimiento, hemos encontrado la fuerza espiritual o el recurso físico, el dato positivo para la solución de nuestros problemas. Somos un magnífico país potencial y somos un pueblo admirablemente dispuesto para el esfuerzo salvador.

En cuanto al Estado presta un mínimo de cooperación o de garantías, en cuanto el Estado simplemente no estorba, la recuperación, la normalidad y el progreso se afirman. Y conste que aplaudimos la acción del Estado cuando presta esa cooperación o cuando se abstiene del estorbo. Quisiéramos tener muchas ocasiones de prodigar este aplauso. Decía que en cuanto al Estado estimula o respeta en vez de obstaculizar, florece la iniciativa privada, construye el pueblo de México empresas magníficas, demuestra su capacidad de iniciativa de gestión y de trabajo, al nivel de cualesquiera otros pueblos o países de la tierra. Con qué satisfacción proclamamos el progreso y el bienestar que se observa en ejemplares comunidades agrícolas que, alrededor de sistemas de riego

bien concebidas y ejecutados, han rescatado del desierto tierras que ahora son vergeles y han producido una riqueza que es una inyección de vigor y una posibilidad de salvación para nuestra economía. Donde quiera que hay oportunidades el pueblo demuestra aptitud, donde quiera que hay un problema y posibilidad de resolverlo, la solución al menos parcial, se realiza. Somos desbordantemente optimistas, jubilosamente optimistas. Hay país, hay pueblo, lo que nos ha faltado siempre es gobierno.

El notorio desequilibrio de nuestra economía puede solucionarse, si no precisamente con facilidad, porque no puede hablarse de facilidad frente a problemas enquistados en la realidad de México, por culpa principalmente del Estado. Durante más de un siglo, sí al menos con esfuerzo accesible a nuestros recursos, es seguramente posible la solución de todos nuestros problemas económicos. No somos un país desahuciado, sino capaz de recuperación de progreso, de abundancia y de dicha. México puede sostener en condiciones decorosas a un pueblo varias veces superior al que actualmente lo habita.

Hay también otros males tremendos de México, la centralización por ejemplo, que anemia la vida local, el desprecio de las comunidades municipales sacrificadas al centralismo provincial y, sobre este

centralismo, el absorbente centralismo, la hipertrofia patológica de la administración central que reconcentra recursos económicos, vida política y energías sociales y quita sus recursos al resto del país, como si hubiéramos de ser un enano monstruoso con una cabeza gigantesca y un cuerpo raquítico.

En ésta inversión torpe de una ley biológica elemental. Todo el organismo debe estar saturado de energías vitales para que su realidad íntegra sea sana y vigorosa. Si se deja que perezcan en la asfixia y en la miseria los elementos de la periferia, las unidades de que está hecho el cuerpo total, todo esto sufriría decadencia ruinosas. ¿Cómo hemos de ser un país fuerte si son raquíticas las provincias y los municipios? ¿Por qué razón no han de tener vida propia nuestras provincias y nuestros pueblos, cuyo amor permanece vivo y acendrado en la familia metropolitana, vinculado al metropolitano entrañablemente con las comunidades lejanas de donde vinieron muchos de los hombres y las mujeres que están aquí, o vinieron sus padres, y que siguen amando su paisaje, su pueblo, que siguen recordando y amando su escuela y su templo, su hogar físico y espiritual? En la agitación de su vida presente han guardado como en un relicario el recuerdo de la cuna y del sepulcro. ¿Por qué hemos de dejar que esa realidad magnífica que

comienza en las orillas de la capital, todo el país, en suma, sea una inmensa mendicidad impotente, tendiendo la mano a la limosna del poder central? Es México entero el que tiene derecho a la vida propia, al bienestar, a todos los bienes que debe dar al hombre la convivencia, es México entero el que debe ser suficiente. La tesis de la hipertrofia del poder central y de la dependencia de provincias y municipios respecto de aquel poder, es disparatada y criminal. No deben acumularse en el Gobierno central todas las posibilidades de acción y de fuerza, dejando alrededor de él un vacío de miseria. Necesitamos municipios con vida propia, provincias con vida propia, bastándose cada una de estas entidades sociales para cumplir sus fines, para respetar y servir a los hombres, a las familias y a las demás comunidades naturales que dentro de aquéllas viven. Esta escala, no de miserias dominadas por la engañosa plenitud desbordante de un poder parasitario, jineteadando sobre el dolor total de la Patria, esta construcción armoniosa y equilibrada de suficiencias legítimas, limpias, ordenadas, represente lo que debe ser México.

Pero también aquí junto al dato negativo, está el dato positivo, el entrañable amor de cada mexicano a su tierra, no sólo a su patria grande, sino a su patria chica y la tenacidad de la tradición que se abraza a las piedras de los viejos tem-

plos y a los troncos de los viejos árboles, como la niebla a la roca en las montañas, afirmando la irrevocable decisión de que permanezcan en México, fieles a sí mismas, sus esencias espirituales, para construir sobre ellas la realidad de la familia, del municipio, de la provincia y de la Patria.

No el país ni el pueblo, es el Estado que nos ha fallado. Y que no se queje el régimen de excesos de crítica, de desestimación de esfuerzos, cuando excepcionalmente los realiza con provecho para el país. Puede haber, hay indudablemente obras acertadas de éste o de otros regímenes; pero el pueblo que palpa la incoordinación de los planes, que comprueba la falta de un programa coherente de trabajo, de un sistema lógico de soluciones; que sufre su dolor abandonado a sí mismo; que ve aplicarse atención y recursos del Estado preferentemente a actividades secundarias o decorativas, cuando hay clamorosas urgencias gravísimas de que no se hace caso; en presencia de la corrupción que hace del régimen faccioso inevitablemente una inmensa empresa de lucro, es natural que considere más como subproducto del apetito de lucro que como resultado de un propósito sincero de servicio esas obras excepcionales a que acabo de referirme.

Ha fallado el Estado y permanecen vivos y destructores y dolorosos nuestros problemas

en todos los órdenes de la vida colectiva, por falta de un Estado representativo. No cualquier tipo de Estado sirve al pueblo, no cualquier tipo de gobierno es capaz de hacer el bien a la Nación. Se necesita un gobierno ungido con el voto del pueblo, nacido de la voluntad del pueblo. Un gobierno a quien el pueblo designe y a quien el pueblo confiera por medio del sufragio la misión de servirlo limpia y abnegadamente, no será nunca un gobierno capaz de afirmar con osadía y con cinismo sublevante que no entregará el poder al pueblo sino por la fuerza de las armas.

Un gobierno nacido de la voluntad del pueblo y para servir al pueblo no será nunca capaz de hacer del pueblo y del país materia explotable en vez de comunidad digna de respeto y de servicio, dueño del destino de la Patria. Sólo un gobierno representativo es capaz de servirnos, sólo un gobierno representativo puede remediar nuestros males, darnos los bienes que tenemos el derecho de gestionar y exigir.

Permítaseme, para concluir, volver al punto de partida de mi exposición. Enumeraba los motivos determinantes de nuestra conducta política, describía las causas de nuestra presencia aquí, de nuestra participación en el magnífico esfuerzo por la rehabilitación política de México, del que es manifestación elocuente esta Asamblea, no episodio local, sino un paso

más de una larga marcha, un momento más en ese espléndido movimiento que no serán capaces de detener ni calumnias ni falsedades, ni compra de cómplices, ni exhibición de reblandecimientos sumisos.

Las formas sociales son como círculos concéntricos que rodean, que envuelven al hombre personal. Los más próximos al centro, los más íntimos, los más pequeños, pero más entrañablemente vinculados con la persona humana, determinan la conducta del sujeto en los más amplios y distantes.

Pero no acontece la peregrinación del hombre en recintos cerrados, sino en planos sucesivos de un mismo escenario abierto. El movimiento que comienza en el centro ondula la superficie total de la vida y llega a las riberas más remotas. El grito que resuena en un punto cualquiera del escenario se escucha en todo él, vibra en la totalidad de esta realidad inextricable, de este sistema moral único, de esta tela inconsútil de la vida humana que ata todos los momentos, todas las posturas, todas las actividades de la persona en su tránsito por la tierra. El hombre personal, sujeto único, es siempre responsable de su conducta, lo mismo en el rincón del hogar que en el escenario más encumbrado de la vida pública.

Esta verdad tiene para nosotros una importante aplicación. Estamos empeñados, por

los superiores motivos que mencionaba al principio, en un esfuerzo específicamente político. Si lo continuamos con limpieza, con acierto y perseverancia infatigable, necesariamente nuestra acción influirá sobre la realidad política de México. El pueblo logrará la rehabilitación que estamos procurando; se renovarán nuestras instituciones públicas, tendrá vigencia en México la representación del pueblo como origen y el servicio del pueblo como origen y término final del Estado. Y entonces, señores, el movimiento que nuestro esfuerzo determinó en el orden de la vida pública, la ondulación que partió del centro personal de nuestro sistema vital propio, refluirá hacia el mismo centro, regresará a nosotros en instituciones, en servicios, en limpieza, en fuerza reconstructora que reordene todas las formas de la vida social calcinadas por la maldición facciosa. Entonces se cerrará el ciclo de la vida moral del hombre y contemplaremos con claridad cómo nuestro esfuerzo político hizo el bien de México y, más acá, el bien de la provincia amada y, más cerca, el bien de nuestra ciudad o de nuestro pueblo, y, más junto a nosotros el bien de la familia, el bien de la esposa y de los hijos. Finalmente, una inefable iluminación y un júbilo incontenible nos saturarán hasta la médula del alma al entender cada ciudadano, en lo hondo del misterio ontológico de su ser personal, que por esa conducta realizó

también su propio destino en la tierra y más allá del tiempo.

Para cerrar el mitin, hizo uso de la palabra el Licenciado Manuel Gómez Morin, fundador del Partido Acción Nacional:

“Una jornada como ésta, como la campaña toda deslumbrante de espontaneidad, de fervoroso entusiasmo, conmueven, estimulan, convencen.

Estamos deshaciendo patrañas. La sucia patraña de que “si el gobierno no hace las elecciones, no habrá elecciones”. Lo que el pueblo exige es que el gobierno no impida las elecciones; que cumpla con su deber fundamental y mínimo de no ser beligerante contra el pueblo. Y logrará el cumplimiento de su exigencia justísima.

Una reunión como ésta, como toda la campaña, demuestra cómo está afirmándose cada vez más esa fuerza –la ciudadanía– contra la cuál nada aquí abajo, prevalecerá; contra la que no podrá perdurar ninguna usurpación. Crear esa fuerza, es nuestro deber y nuestro derecho. Es la tarea de todos. Una tarea sin odios ni rencores, sin resentimientos y sin venganzas. La tarea de crear la ciudadanía, la única fuerza que no necesitará ser violenta para imponerse, para imponer el bien común. La única fuerza que puede formar la Patria que anhelamos para nuestros hijos, para los hijos de nuestros hijos”. **B**